

Un real al mes

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 10 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

JUANA DE NAPOLES.

(Histórico.)

Sonó la hora en fin, de patentizar la inocencia de la hermosa Juana de Nápoles, tan calumniada por los dramaturgos de sus posteriores edades.

En 1535 y cuando apenas Juana contaba siete años, la casaron con un príncipe tan joven como ella, con Andres Charobert, rey de Hungría; pero tanta gracia, belleza y elegancia como descubria Juana, tanto por el contrario, su joven esposo se mostraba duro, salvaje, orgulloso y brutal.

Esta diversidad de caracteres debia naturalmente mantenerlos divididos algun tanto; pero su aversion fué creciendo con la edad y cuando en 1545 sucedió Juana á su abuelo, no ocultó Andres su aborrecimiento para con su joven esposa, é intrigó sordamente, porque pretendia tener á la corona los mismos derechos que ella.

Su favorito el hermano Roberto y Catalina confidenta de Juana, procuraban cuanto podian escitar en su alma aquella repugnancia, y el corazon de la reina, engendrado bajo el delicioso cielo de Nápoles, era débil y fácil de someter á las impresiones amorosas. Luis de Tarento, su primo, consiguió inspirarla amor, y fué causa de todas sus desventuras.

Este príncipe y los cortesanos le representaban á Andres como un monstruo aborrecido del pueblo, como el azote de Nápoles, y quisieron participase de su planes de conspiracion; pero nada ha resultado nunca que probase haberlo hecho, y ni aun siquiera tampoco nada que haya dado ocasion para sospecharlo.

Sin embargo, su adusto esposo, guiado de un funesto presentimiento, ó quizás de algun amistoso aviso, le dijo á la reina la vispera de su muerte:—Juana, mañana debes asesinarme! á lo que contestó llena de indignacion: Si tal temeis, monseñor, permanezcamos juntos, tened siempre sobre mí alzado vuestro puñal, y á la menor tentativa, al menor ruido, hundidmele en el pecho, para que no os sobreviva.

El 18 de setiembre de 1545, despertaron los conjurados al rey que habia aceptado la noble proposicion de su esposa; pero dos hombres ocultos tras de un tapiz por orden de Catalina, se apo-

deraron de la accion de Andres, en el momento en que iba á herir á Juana, le desarmaron, y abriendo la puerta á sus cómplices, penetraron estos y le descuartizaron junto á una ventana, en la cámara misma en que la reina habia repetido poco hacia la protesta de la vispera, y quizás héchole olvidar sus pasados odios con palabras amorosas y llenas de dulzura.

Indignados los grandes y el pueblo de tan aleroso asesinato, se reunieron amotinados bajo de los balcones del palacio pidiendo venganza, y la viuda augusta para disculparse, entregó á un tribunal ordinario á los delinquentes.

Pereció en la tortura Catalina bendiciendo siempre á la reina, y sus cómplices exalaron tambien su último suspiro en los mayores tormentos, sin que ni una sola queja profiriesen contra la reina, sin que una voz siquiera se alzase para acusarla. Su mas grande falta y lo que mas sirvió despues para propagar y dar pábulo á la calumnia, fué el haberse casado poco tiempo despues con su primo Luis de Tarento, enemigo personal de la victima y de quien estaba perdidamente enamorada.

Cuando llegó á los oidos de Luis, rey de Hungría la noticia de la muerte de su hermano, juró vengarla de una manera terrible, y despues de congregár á la nobleza bajo de un estandarte negro en que estaba pintada la estrangulacion de Andres, salió de Baden en 1547 é invadió el reino de Nápoles, cuya conquista hizo rápida y sangrientamente.

Sorprendida Juana no tuvo mas tiempo que el preciso para embarcarse con su nuevo esposo para la Provenza: pero á su llegada el papa Clemente VI la retuvo prisionera en un fuerte castillo, en donde la encantadora y noble reina, como la célebre María Stuard, se supo proporcionar algunas distracciones. La maledicencia afirma que se enamoró de un gallardo joven, capitán de la guardia de la ciudadela, el que hizo menos amargos los larguísimos dias de su cautiverio. Y á propósito del asunto debemos declarar, que esta muger, fué muy culpable en intrigas amorosas, pero lo fué solo en esto, lo mismo que María reina de Escocia la muy amada y rival de Isabel de Inglaterra, que no tuvo tampoco otros crímenes de que arrepentirse cuando dobló su garganta bajo la cuchilla, para que la segara el verdugo.

Trascurridos algunos meses de cautiverio recobró Juana su libertad en virtud de una negocia-

cion en que cedió al papa Clemente VI la soberanía de Avignon por la increíble suma de 30.000 florines, solo con objeto de reunirse á su Luis de Tarento, en quien siempre pensaba y á quien tanto queria, no obstante sus ligeros devaneos.

En seguida comenzó á instruirse por el Papa mismo y á instancias de Luis de Hungría, vencedor de Nápoles, el proceso de esta desventurada reina: y Juana declaró delante de sus jueces que odiaba efectivamente á su primer marido; pero que si hubiese tenido la mas leve sospecha de la conspiracion de que fué víctima, ella misma se hubiera interpuesto entre su marido, y el puñal de los conjurados.

Declaró la corte pontifical á Juana inocente de toda participacion en el crimen; Luis que habia erigido cadalsos en toda la estension del reino de Nápoles, creyó deber someterse á la decision de esta sentencia: pero antes de retirar sus tropas de Italia, quiso escuchar de los lábios de la misma reina su justificacion, y no fué hasta despues de esta prueba, de que Juana salió victoriosa, cuando el inflexible Luis regresó á su reino.

Presentóse en efecto delante de aquel supremo juez, con la dignidad de la inocencia, con la altivez de reina ultrajada; y se refiere que la dulzura de su voz justificándose, la espresion melancólica de sus ojos y su admirable belleza, conmovieron el acerado corazon del bárbaro, de tal manera que la abrazó y derramando una lágrima, le pidió perdon de sus sospechas, disculpables solo por el ímpetu de un amor fraternal.

Pero desde que de nuevo se consideraron poseedores pacíficos del trono de Nápoles, Juana y su esposo se entregaron desenfrenadamente á la locura de los placeres, y los días y las noches se pasaban en fiestas y saráoos que interrumpió solo la muerte de Luis acaecida el 26 de mayo de 1362.

Durante su corta viudez, nuevas fiestas y nuevos amores la distrajeran otra vez, mientras que sucedian otros dos maridos al dichoso Luis de Tarento. Pero sus enlaces no estorbaron tampoco á la inconstante reina, el continuar en su vida galante y misteriosa.

Sin embargo de que esto no embargaba tanto su atencion que no le permitiese dedicarse alguna vez á hacer la felicidad de su pueblo, á quien dió excelentes y protectoras leyes; se rodeó siempre de artistas, de hombres eminentes, admitió sonriendo los versos que la dedicaban los poetas, al paso que se sometia gravemente al consejo de los sabios, consiguió la adoracion de la nobleza y el respeto de su pueblo; y logró tambien antes de bajar á la tumba, disipar todos los calumniosos rumores que en algun tiempo habian circulado, y que habian sembrado de tristeza alguno de los disipados años de su vida.

Afirman todos los historiadores que conservó hasta exhalar su último suspiro su belleza sin par, su elegancia y la admirable hermosura y proporcion de sus formas, inmortales hoy por la destreza del afortunado pñcel de Leonardo de Vinci.

Muchos escritores en sus novelas y folletines han pretendido hacerla aparecer tan criminal como Lucrecia Borgia, y nosotros preguntamos; sino debia dispensarse algo, si algo tiene de que, á la que no hizo nunca mas que entregarse en brazos del amor y que segun al testimonio de todos los historiadores contemporáneos, nunca sus manos se mancharon con el crimen?

LA DESDICHA EN EL FAVOR. (1)

III.

El palacio del Buen Retiro.

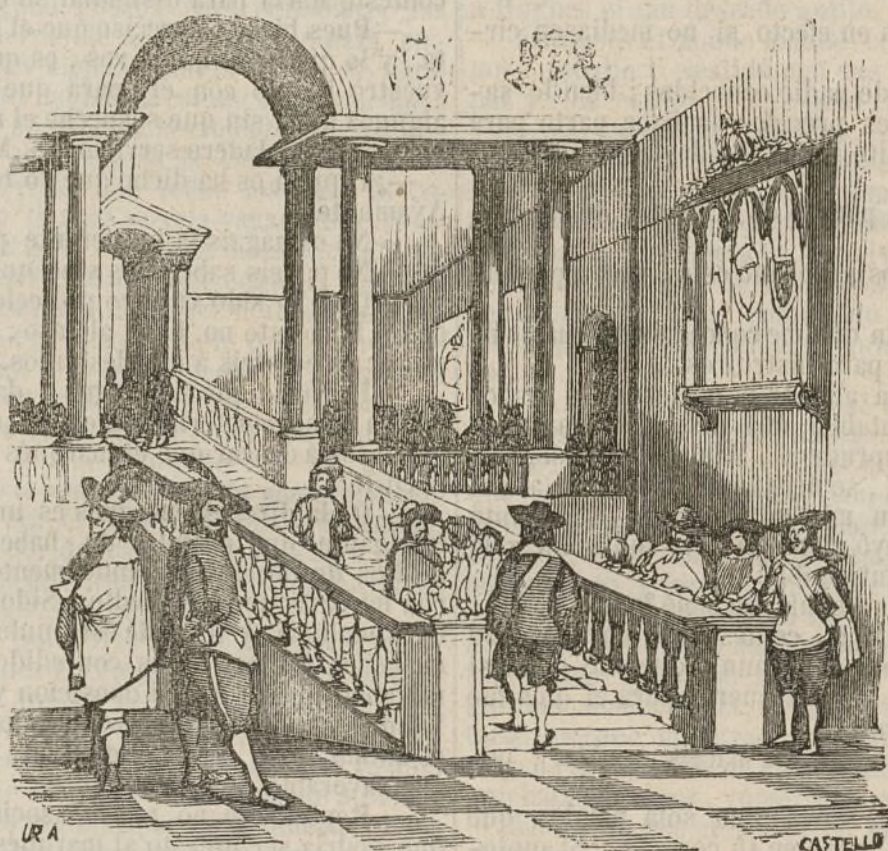
Un año despues de los sucesos de que hemos hecho mérito en el capítulo precedente, habia gran fiesta en el palacio del Buen Retiro, residencia entonces de los monarcas de España. Sabido es que el reinado de Felipe IV, tan fatal para España bajo el punto de vista político, fué de los mas florecientes para las bellas letras. El rey tenia decidida afición á la poesia y dispensaba su proteccion á los eminentes varones que son hoy aun mas que entonces la gloria de nuestra literatura; el teatro sobre todo merecia la particular predileccion del monarca, que bajo nombre fingido componia tambien algunas piezas de no escaso mérito. Por lo mismo que la decadencia de la monarquia se hacia mas que nunca sensible, el fausto de la corte era mayor. Jamás se ha visto tan escesivo lujo en el régio alcázar, jamás una etiqueta mas ceremoniosa; nunca quizas mayor despravacion de costumbres, menos buena fé, mayor suma de intrigas. Ocupado el monarca en amorosos devaneos, habia dejado el cuidado de los negocios al conde-duque de Olivares, hombre de escaso mérito y limitado talento, bajo cuya desastrosa administracion acabó de desmembrarse y perder su influencia la opulenta monarquia de Felipe II. Las fiestas y los saráoos dispuestas mañosamente por el favorito para adormecer la poca energia del rey, se sucedian sin cesar; bailes, partidas de caza, comedias, certámenes literarios, citas amorosas, he aqui la série no interrumpida de ocupaciones del monarca y á la que se entregaba con todo el abandono de la inesperienza y de la juventud.

Una de estas fiestas, acaso la mas concurrida y brillante que se habia visto hasta entonces, se dispuso con el aparente objeto de celebrar el cumpleaños del rey, pero en realidad con el fin de presentar á María en la corte, porque María segun habia pronosticado su protector el marqués de Ayamonte, á quien hasta ahora hemos conocido

(1) Para no privar á nuestros lectores de la variedad de materias en los números de la Crónica, nos vemos obligados á publicar solo un capítulo de la presente novela.

con el nombre de don Nuño, y segun habrá quizás adivinado tambien el lector, era ya la querida del rey. Preciso es confesar á fuer de historiadores veraces que lo era contra su voluntad; pero hostigada por el monarca, engañada en sus ilusiones respecto al marqués á quien todavia amaba, no obstante que habia tenido la imprudencia de dejarla entrever sus proyectos de ambicion de que meditaba hacerla instrumento, y guiada acaso tambien por un sentimiento de vanidad, comun á todas las mugeres y mas que en otra disculpable en ella, cuyo origen sabemos, se habia dejado llevar maquinalmente arrastrada por una fuerza superior á la resistencia que ella hubiera

podido oponer. Al principio las visitas del rey eran misteriosas y reservadas; pero bien pronto el monarca que la amaba con pasion hizo público el galanteo, colmando á María de títulos y honores y nombrándola camarera mayor de palacio, á lo cual contribuyó tambien la circunstancia de haber dado á luz María un niño, fruto de estos amores. Debía tomar posesion de su nuevo destino el mismo dia de la fiesta á que hemos hecho referencia y como todos estos detalles eran públicos en la corte, por eso fué mayor que nunca la afluencia de cortesanos y curiosos que se agrupaban en los salones, escaleras y avenidas del palacio para ver y contemplar á la misma en que algunos me-



ses antes no reparaban cuando cantaba en los portales de la Plaza. Una mirada benévola, una sonrisa de María, era hoy el colmo de la dicha para los mismos que le habian negado dos cuartos de limosna. Tristes flaquezas de la vida humana! Hacemos gracia al lector de los detalles de una fiesta de que fué María la verdadera reina; jamás muger alguna se ha visto mas obsequiada; desde su entrada en los salones hasta que se retiró fué una ovacion continua. Al comenzar el baile, el conde-duque pidió á María le sirviese de pareja en un minué, á lo cual ella accedió sin repugnancia.

—Tengo que hablaros, le dijo el favorito á media voz.
—Cuando gusteis, replicó María.
—Esta misma noche, despues de la fiesta.
—La hora no me parece á propósito. ¿No sería mejor mañana?
—Imposible, nuestra entrevista no debe ser conocida de nadie.
—Os recibiré.
Terminada la fiesta despues de media noche, el marqués de Ayamonte que desde la elevacion de María se habia mostrado indiferente y hasta desdenoso con ella, la ofreció el brazo al tiempo de

retirarse. María aceptó sin dificultad ; pero al ir á tomar el coche , viendo que el marqués se disponía á subir con ella

—¿Qué haceis, marqués? preguntó con estrañeza.

—Acompañaros á vuestra casa.

—Eso es una imprudencia...

El marqués se habia ya colocado á su lado y el coche rodaba velozmente. Despues de un momento de silencio:

—Vuestra conducta es incomprensible , marqués , dijo María , y á los dos podria traernos graves consecuencias.

—Nada temais; el tumulto y la oscuridad de la noche nos favorece ; estoy seguro de que nadie me ha visto y además ¿que tiene de estraño que un caballero, acompañe á una señora que se retira sola á su casa?

—Nada tendria en efecto si no mediasen circunstancias...

—Que no son de nadie conocidas ; bien lo sabeis. Sobre todo es preciso ; mañana parto para Andalucía y necesito saber si todavía me amais.

—Marqués !

El coche habia parado en el portal de la casa de María.

—Idos por Dios , exclamó esta , vais á perderme y á perderos.

—No me irá sin que me concedais un cuarto de hora que necesito para instruiros...

El lacayo habia abierto la portezuela y ambos descendieron ; entablar una disputa delante de los criados era imprudente. María temblando, azorada y fuera de sí , se dejó conducir por el audaz marqués hasta su mismo aposento. En cuanto quedaron solos cayó medio muerta sobre un sofá y con voz casi ininteligible:

—¿Que quereis de mí , exclamó ?

—Ya lo he dicho , contestó el marqués con firmeza , saber si me amas aun ; que me digas si todavía conservas algun recuerdo para el que fué un día tu ídolo , para...

—No prosigais que me haceis temblar ; podrian oírnos...

—Una palabra , María , una sola palabra que me pruebe que aun vivo en tu corazon . Si supieras cuanto he padecido!

—Y bien , suponiendo que yo os amase aun , dijo María sollozando , suponiendo que hubiese olvidado pasados agravios. ¿De que os serviría? ¿No sabeis cual es mi posicion?

—Porque la sé quiero remediarla ; quiero librarte de las cadenas que te oprimen , quiero que me sigas...

—Callad , callad por Dios , marqués....

Un lacayo entró á anunciar en el mismo momento al conde-duque de Olivares.

—Olivares á estas horas ! dijo el marqués.

—Que éntre , contestó María al lacayo...

El marqués repentinamente coge el sombrero,

—Que no sepa que estoy aquí , dijo á María , ó somos perdidos , y se ocultó en la alcoba.

Olivares entró cuando todavía no habia podido María reponerse de su emocion , producida por la escena que acabamos de referir.

—Supongo , le dijo el conde-duque despues de saludarla y de tomar asiento á su lado en el sofá , que me perdonareis el atrevimiento de haberos pedido una cita á estas horas.

—Fuerza es confesar , señor conde , replicó María , que me habeis sorprendido con una demanda tan nueva como inesperada.

—Voy á esplicaros el motivo y cesará vuestra sorpresa. Mañana parte para Andalucía el marqués de Ayamonte.

—Lo sé.

—Lo sabeis! exclamó Olivares con sorpresa.

—Sí... lo he oido decir en palacio esta noche , contestó María para disimular su imprudencia.

—Pues bien , es preciso que el marqués no parta , y lo que yo exijo de vos , es que interpongais vuestro influjo con él , para que dilate el viage algunos dias , sin que sospeche el motivo ; en ello hareis un verdadero servicio á S. M.

—¿Y quién os ha dicho que yo tengo influjo con Ayamonte?

—No os hagais la indiferente pues lo sé todo.

—No podeis saber mas sino que...

—Que ha sido vuestro protector ; no es verdad ? Pero esto no hace al caso ; lo que importa es que os presteis á mis designios.

—Permitid que me niegue á dar un paso que podria comprometerme. Además , ¿que causa puede obligaros á desear que el marqués permanezca en la corte?

—Os la diré; el marqués es un ambicioso , un intrigante que despues de haber ensayado los medios de derribarme inútilmente , se ha unido con mi pariente el de Medina-Sidonia que manda en Andalucía , y temo de esta union fatales consecuencias. El rey le ha concedido licencia para marchar á pesar de mi oposicion y solo trato dilatando el viage , de ganar tiempo para inclinar el ánimo de S. M. á que adopte una resolucion mas favorable á mis designios.

—Repito que no puedo asociarme á un plan que podria ser funesto al marqués á quien....

—A quien amais....

—A quien debo gratitud.

—Sin duda olvidais , señora , que tengo en mi mano los medios de perderos y perderlo. Considerad que puedo con una palabra no solo impedir este viage , sino hacer que le encierren en una torre: si el rey supiese que el marqués es vuestro amante....

—Señor conde!...

—Que lo ha sido; lo mismo tiene: si yo le instruyo....

—El rey , dijo un lacayo asomándose á la puerta.

—Somos perdidos , exclamó Olivares y con la mayor precipitacion se dirigió á ocultarse en la alcoba.

—En el gabinete, gritó María.

El conde-duque, que al llegar á la puerta de la alcoba habia hecho un movimiento de sorpresa, se dirigió al gabinete y apenas habia entrado en él cuando el rey abría la mampara de la sala.

(La continuación en el número inmediato).

LA DAMA BLANCA DE ALENZON.

(Leyenda).

Cualquiera que haya viajado por alguna parte del departamento del Orne, no habrá dejado de oír hablar de la Dama Blanca de Alenzon, y si se ha detenido en alguna posada para restablecer las deterioradas fuerzas de su estómago, ó para enjugar sus vestidos mojados con la lluvia, de seguro que entretanto no habrá estado sin escuchar á algun anciano ó anciana de la ciudad, de esos que en las familias se granjean la consideración de patriarcas, referirle que todos los días al oscurecer, en otro tiempo se veía vagar sobre la estensa plataforma de la torre que dominaba al antiguo castillo, una fantasma, que cubierta con una túnica blanca ensangrentada, que flotaba como una misteriosa oriflama al soplo de la brisa; que después de pasear un rato este espectro por la galería gótica, lanzaba un grito penetrante y se desvanecía á las miradas de los que le observaban para no aparecer hasta el día siguiente á la luz de los pálidos rayos de la luna, y que esta sombra, espectro ó fantasma, era el ánima de María de Anson, esposa del poseedor del castillo en el octavo siglo. Refieren en pocas palabras esta tradición ó aventura trágica de la manera siguiente.

Fué llamado por Carlo-Magno á la corte en el palacio de Thermes en París, el señor del castillo Enguerrando de Auson: pero antes de cumplimentar las órdenes de su soberano, arrancó á su esposa la promesa de que durante todo el tiempo que permaneciese en la corte, ausente de su lado, no recibiría visita alguna, porque la amaba con pasión y cuidaba de ocultar su hermosura como un avaro su tesoro. La castellana después de ofrecérselo con juramento, recibió en la frente un beso de su marido, y un rico anillo de oro que ciñó á uno de los dedos de su delicada mano: el beso era la expresión de su amorosa pena en separarse, el anillo debía recordarle el pacto.

Después de esto partió Enguerrando casi sin sentimiento y escoltado por veinte y cuatro hombres de armas, escogidos de entre los mas fieles de sus vasallos y doce pages ricamente vestidos. Cuando Hughes de Mauvray, señor de Mortagne, que en otro tiempo habia pretendido la mano de María se enteró de esta ausencia, la envió á su capellan, suplicando confiase á aquel ministro del Señor el anillo que su marido le habia regalado antes de partir:—Mi noble amo va á casarse, dijo el cape-

llan y desea ofrecer á su futura un anillo semejante á ese vuestro. Prestádmelo, noble señora, por algunos días, tan solo mientras unos plateros lombardos que á la sazón se hallan en Mortagne, fabrican una joya exactamente parecida.

Demasiado cándida María arrancó de su dedo, después de algunos momentos de vacilación, la sagrada prenda de una fé jurada solemnemente, y la depositó con mano trémula en las del sacerdote. Confío, señor, el anillo á vuestra prudencia y santidad; pero cuidad mucho de él, porque de su conservación pende mi felicidad en esta vida y mi salvación en la otra.

Prometiéndole el emisario cuanto le pedia y gozoso por haber alcanzado éxito tan feliz en su empresa, regresó á Mortagne á toda prisa para entregar á Hughes el tan deseado anillo.

Entonces el conde mandó ensillar su mas fogoso caballo y vestido con sus mas costosas ropas y rica espada, emprendió el camino de París y llegó al palacio de Thermes, siendo recibido por Carlo-Magno con afecto, porque Hughes de Mauvray era guerrero intrépido. El mismo Enguerrando deponiendo la antigua animosidad que siempre le escitaba la presencia de su rival, le acogió con amistad, llegando su intimidad al punto de querer informarse de si sabia algo acerca de la salud de su querida castellana, á quien cada vez amaba mas.

¡La salud de la castellana! Contestó irónica y traídonamente el conde; su salud! es la mas floreciente, demasiado floreciente quizás!....—Cómo, que quereis dar á entender con eso! replicó vivamente Enguerrando.—Mi pobre amigo, continuó Hughes, como dominado por un irresistible impulso de afecto y cariño; sin duda alguna que lo que voy á deciros, desgarrará vuestro corazón, pero la amistad que os debo me impone el deber de no ocultaros nada. Habeis de saber que vuestra esposa, la tan bien amada María, es una criatura harto detestable! porque mientras vos aquí permanecéis entregado al recuerdo de sus encantos, olvida la desgraciada ese amor, vuestro honor y su fe!...

A medida que el conde de Mortagne pronunciaba estas palabras con fingida solicitud, iba palideciendo el señor de Alenzon y consideraba con aire amenazador á Hughes, en otro tiempo su competidor en amores y su rival.

Para convencerme de la infidelidad de María, dijo con sordo acento, seria menester otro testimonio menos sospechoso que vuestras palabras, señor de Mortagne.

Si lo quereis aquí le teneis. Este anillo, en el que está vuestro nombre grabado, os convencerá mejor que todo cuanto pudiera yo deciros, dijo entregándole, ahora de lo que teneis que dispensarme es, de no revelaros el nombre del que ha mancillado la cimera de vuestro casco. Rugia Enguerrando como un tigre herido de muerte, chispeaban de rabia sus ojos, y exclamó: pages, á mí! después lanzándose de un salto á caballo sobre un fogoso

palafren, salió por los jardines del palacio, sin despedirse siquiera del rey, y galopaba silencioso como una fantasma hacia Alenzon, acompañado tan solo de uno de sus pages. En pocas horas traspuso el espacio que le separaba del castillo, y marcaba las doce la clepsidra cuando los fatigados caballos del señor y del page cruzaron con estrépito el puente levadizo. Los centinelas de las torres daban la señal de alarma, y despertada la castellana llena de sobresalto, por el ronco sonar de las trompas que anunciaban la llegada del señor, se arrojó del lecho, y mas hermosa con la sorpresa y la emocion, salió á su encuentro, flotantes los cabellos, sonriendo su boca y espresando su mirada el amor hacia su esposo, y la alegría que inundaba su idólatra corazon. El mismo desorden de la figura de Maria, aunque natural á tales horas, escitó mas si era posible el celoso furor de su marido. Al divisarle fué Maria precipitada á arrojar-se en sus brazos, pero Enguerrando la rechazó brutalmente. Es posible, exclamó con angelical dulzura, que me recibais de esa manera?—El anillo, perjura, exclamó con una voz que resonó como el trueno.—El anillo? murmuró temblando la joven. ¡Ah! Enguerrando, yo os diré....—Qué habeis hecho de él? añadió el castellano con mas terrible acento.

—Yo os lo diré, Enguerrando; pero perdonadme el haber infringido vuestro precepto.... Un sacerdote....—Infame! exclamó su esposo, no añadas al crimen la mentira. Mira, mira el anillo, le conoces? habla pues, en fin, di si le reconoces.

—Si, si, le reconozco; pero perdon, perdonadme esta vez, pues os juro que nunca volverá á suceder; perdon en nombre de nuestro señor Jesucristo.—Conque nunca mas volverá á suceder, exclamó Enguerrando, Oh! no, no te volverá á suceder, porque soy yo á un mismo tiempo tu acusador, tu juez y tu verdugo; no, nunca volverás á engañarme.

Arrastrado por el bárbaro furor, que crecía y le cegaba cada vez mas, entró en el cuarto en que su hijo dormía, y cogiendo de los pies á la inocente y débil criatura estrelló su cabeza contra la pared; en seguida sin dar tiempo á que se recuperara de su espanto la desventurada madre, volvióse contra ella, y asiendola por sus medio deshechas trenzas, la arrastró por las escaleras hasta el patio, en que atandola de la cola de su caballo, desapareció al galope por las trochas mas escarpadas del parque. En cada piedra, en cada mata ó espino, iba dejando una parte de sus carnes y de su sangre. Todo su cuerpo no fué bien pronto mas que una pura llaga.

Por fin se detuvo Enguerrando cuando su caballo cayó reventado de fatiga... Maria de Auson respiraba aun, la palma del martirio habia dilatado su vida con el suplicio. Considerando entonces su obra le ocurrió al castellano una idea infernal. Durante todo el tiempo que habia conducido arrastrando á su esposa, habia esta constantemente protestado su inocencia y entonces quiso

descubrir por medio de la confesion las faltas de su víctima; la confesion que no podia arrancar, la queria sorprender en el tribunal de la penitencia, Enguerrando se disfrazó de sacerdote.

La pobre Maria estaba casi espirando y cuando ya parecia faltarle la palabra, de pronto y como si el dedo de Dios hiciese abrir sus labios crispados por la agonía, exclamó, «No, ¡yo no soy culpable! siempre he vivido fiel á mi querido Enguerrando; yo le perdono mi muerte; pero Dios me prohíbe perdonarle la de mi hijo asesinado sin recibir el sacramento bautismal» diciendo así espiró.

Tal fué el trágico fin de la bella Maria, castellana de Alenzon. Añaden los tradicionistas que entregado su esposo, el conde Enguerrando, á los mas crueles remordimientos por el doble asesinato que habia cometido, tardó poco en abandonar el pais, y trocar sus doradas habitaciones y sus ricos vestidos, por un tosco sayal y una ermita del monte de San Miguel; pero añaden tambien que antes de abandonar su antiguo castillo, trató de alcanzar una venganza ruidosa del criminal y abominable autor de sus males; y lo que resulta de cierto, es que algun tiempo despues del injusto suplicio de la castellana, desapareció para siempre el de Mortagne, y que en 1774, cuando se construyeron los cimientos del moderno castillo de Alenzon, se halló en un apartado subterráneo del antiguo, un esqueleto armado de punta en blanco, y atado con una cadena á una argolla que pendia de la pared. La posicion del esqueleto, el estado de conservacion de sus huesos, y un cántaro vacio y que debió contener agua, atestiguan bien claramente el hecho de una venganza llevada á su último término.

ESCLAVITUD DE LOS PUEBLOS NEGROS.

ORIGEN DEL TRÁFICO.

En la antigüedad los egipcios tenían á su servicio ennuos negros á imitacion de los asirios y los persas; Sidon y Tir sostenian el tráfico de esclavos segun se deduce del contenido de los libros sagrados. La gran ciudad de Cartago se valia tambien de estos mismos seres para emplearlos en el trabajo y labores de las minas y en la maniobra de los buques. Los griegos y los romanos importaron á Europa el uso de esclavos. En Constantinopla y en Roma, en la época de los emperadores habia gran número de negros ó etiope, y despues de las conquistas de los sarracenos, y las irrupciones de los moros y de los árabes en el corazon del Africa, aumentaron considerablemente en todos los pueblos y dominios sometidos á los musulmanes.

En época mas cercana, á últimos del siglo XIV, habiendo descubierto los portugueses unas islas próximas á la costa de Africa, regresaron con esclavos que empleaban en el cultivo de sus campos,

ya en el continente ó en las islas Canarias. Despues estos mismos descubridores construyeron en la costa de Africa una fortaleza, conocida bajo el nombre de Elmina, fundaron en 1481 un establecimiento, y cuatro años despues Alonso Gonzalez fué uno de los primeros que dieron impulso á ese gran

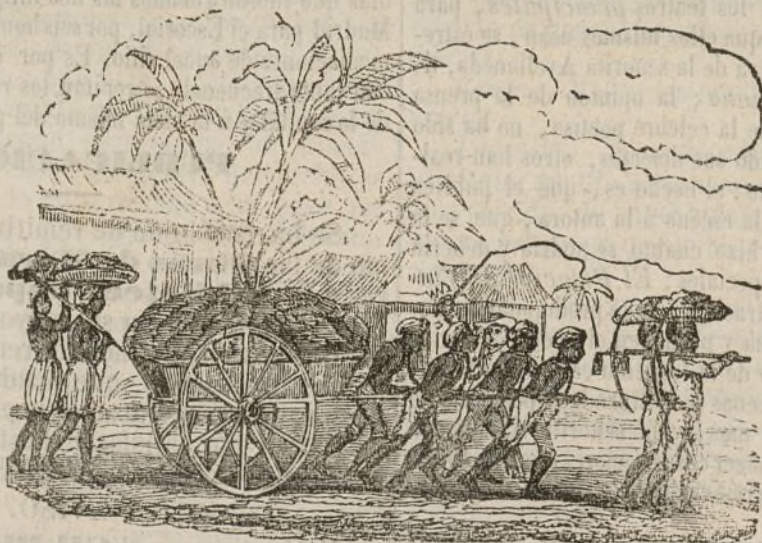
comercio de esclavos, que ha llegado hasta nuestros dias.

La primera vez que los españoles se emplearon en esta especulacion de sangre humana, fué segun los datos mas auténticos que hemos podido consultar, hacia el año de 1508, época en que co-



menzaba á esplotarse la caña de azucar en la isla de Santo Domingo. Cien años despues con las conquistas de América, adquirió el comercio de esclavos un desarrollo y un incremento colosal, pues nuestros abuelos, poseedores de aquellos mundos, necesitando brazos, se vieron en la precision de trasplantar una nueva raza que sustituyera ó reemplazara el inmenso número de naturales que perecieron por salvar su independencia, la

completa dispersion al interiorde las selvas y bosques de los que habian sobrevivido y á la estincion gradual del resto de la poblacion, por efecto de los duros trabajos á que se les destinaba en la esplotacion de minas. El cultivo de la caña de azucar, del café y del algodón, fueron en las vastas y feraces regiones de las Américas, manantiales fecundos y fuentes abundantes de grandes y rápidas fortunas, pero aun era mas lucrativo el trá-



fico de esclavos para los capitanes y armadores de embarcaciones negreras.

Las demas naciones de Europa celosas y rivales de las glorias de España y sus conquistas, ansiosas de hallar un extremo cualquiera por donde conseguir aprovecharse de las riquezas de aquel

nuevo mundo, armaron sus buques; y de todos los puertos partieron expediciones en busca de nuevos países; mas aun mejor que estos y con mas felices resultados, marcharon algunos á las costas de Africa á arrebatarse de su patria á otros sere, para suministrar brazos de que tanto necesitaba-

mos en aquellos países, y que hacian valer á precios exorbitantes. Con este objeto visitaron las diversas costas de este continente, que les suministraban, como decian los capitanes mismos, diversas calidades de sangre que valuaban y clasificaban segun sus circunstancias, y como si se tratara de café, añil ó cualquiera otra produccion indígena; de modo que al poco tiempo de haberse dedicado algunos emprendedores á este género de especulacion, quedaron definitivamente establecidas las correspondientes tarifas.

De todos los puntos del litoral africano, fué el mas concurrido el de la *costa de Oro*. En ninguna otra parte hallaron los europeos tantos esclavos ni de mejor condicion. Al principio se adquirian casi por nada, pero despues se fué elevando poco á poco su precio hasta valer ochenta, cien y mas pesos fuertes, y no obstante la carestia de estas máquinas humanas se esportaban cada año de sesenta á cien mil. La Inglaterra era casi la que exclusivamente se ocupaba en semejante tráfico, bien para hacer con su explotacion mas productivas sus colonias ó para revenderlos á otras naciones. Entonces tenia un grande interés en sostener el tráfico; hoy le condena y pretende su completa abolicion, porque sus intereses comerciales son otros ya.

REVISTA DE LA SEMANA.

Algo retrasados estamos con nuestros lectores en esta seccion, que por falta de espacio no pudo tener cabida el número anterior; para ponernos al corriente, debemos decir, que el éxito de los *Puritinos* con que se inauguró la compañía de ópera del Circo fué fatal, de cuyas resultas solo se ejecutó la primera noche. En los teatros principales, para valernos de la espresion de que ellos mismos usan, se estrenó el lunes una tragedia nueva de la señorita Avellaneda, titulada *El Principe de Viana*; la opinion de la prensa acerca de esta nueva obra de la célebre poetisa, no ha sido unánime; unos han exajerado sus defectos, otros han realizado sobradamente su mérito; el hecho es, que el público aplaudió, que se llamó á la escena á la autora, que se la echaron coronas, y que se hizo cuanto se podia y debería hacer solo en casos muy especiales; *El Principe de Viana* no merecia estas demostraciones, que prodigadas en demasía pierden su importancia y producen el efecto contrario. Todo lo que se puede decir de la tragedia es que tiene muy buenos versos y algunas escenas bien trazadas; pero esto no basta: el teatro exige algo mas, y la señorita Avellaneda tiene sobrado talento para hacer cosas mejores que *El Principe de Viana*; le aconsejamos por tanto que no tenga prisa de recoger laureles.

—El miércoles ha pasado revista el señor Ministro de la guerra á las tropas de esta guarnicion; el jueves formaron en la carrera que llevó S. M. para abrir las córtes. Apesar del dia desapacible, la concurrencia fué mucha á este acto, y tambien al besamanos que tuvo lugar despues con motivo del cumpleaños de la Reina; por la noche hubo iluminacion.

—Se ha suicidado de un pistoletazo, en la madrugada del dia 8 el actor Monreal, dejando una carta escrita para que á

nadie se acuse de su muerte; infiérese del contenido de ella que le ha conducido á este acto de desesperacion algun negocio de amores. Apenas se concibe que haya quien tome en estos tiempos las cosas de esta especie tan á pechos.

—Subsiste sin ventilar una cuestion de comercio muy grave de que se han ocupado ya los periódicos; hablamos de la pugna entre los dos bancos, el de Isabel II y de San Fernando, sobre la emision de billetes al portador. El de San Fernando ha llevado el negocio á los tribunales, fundado en que en la cédula de creacion se le concede el derecho privativo de emitir billetes al portador por término de treinta años; cuyo privilegio parece fué adquirido en virtud de título oneroso por las transacciones celebradas con el gobierno, que era deudor al antiguo Banco de San Carlos. Muy urgente es en nuestro concepto, la resolucion de un asunto que tiene en expectativa al comercio y que puede ser de graves consecuencias.

—El jueves en la noche tuvo lugar en el Circo la primera representacion de *Il Nabuco*; ópera en cuatro actos; la entrada fué completa y la ópera gustó; asi como la primera donna señora Ober de Rossi. En uno de los cambios de decoracion del acto tercero, al bajar por el aire uno los mozos (*arrojes*, segun la voz técnica) para subir un telon, cayó el infeliz sobre la lanza de un comparsa y se hirió gravemente; al instante se le prodigaron los necesarios auxilios.

—En la noche del 10 han asistido SS. MM. y A. al teatro de la Cruz en que se representaron las comedias *Un tercero en discordia* y *Cecilia la ciegucecita*. La concurrencia fué numerosa.

—Ya se ha publicado en la *Gaceta* el reglamento para el servicio de la *Guardia Civil*, y el jueves formó parte de la destinada á este distrito en la carrera que llevó la Reina para la apertura de córtes; veremos si esta institucion dá el resultado que se apetece; entre tanto hace muy pocos dias que fueron robadas las dos diligencias que salieron de Madrid para el Escorial, por seis hombres armados, en las inmediaciones de aquel sitio. Es por demás escandaloso que con tanta frecuencia se repitan los robos casi á las puertas de la capital y á la vista misma del gobierno.

PUBLICACIONES.

Se ha concluido de remitir el tomo 2.º y último de las **Obras de Moratin**, á los suscritores á la **Biblioteca popular** que lo tenían pagado en todo ó en su mayor parte. Rogamos á los que hasta ahora no han renovado la suscripcion y quieran recibirlo, que acudan á los señores comisionados, á verificar el pago de los pliegos que les falten por satisfacer hasta el 210 en que acaba dicho tomo, y se les enviará al punto.

AVISO.

Está en prensa el **Gil Blas de Santillana**, con 100 grabados originales, y el nuevo prospecto de la **Biblioteca**, en que se anunciarán las obras que han de seguir.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO,

DE D. F. DE P. MELLADO.—EDITOR.

Calle del Sordo núm. 41.